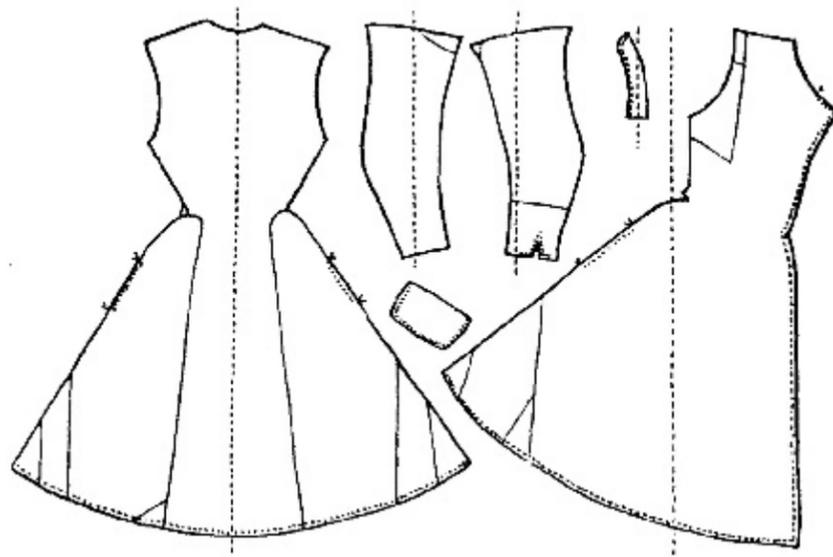


¿Es posible conocer un país? Con esta serie de vívidas estampas, la narradora Cynthia Rimsky parece responder que no hay forma de ir más allá de la superficie de las cosas. Quien viaja flota sobre el lugar visitado: atestigua, inquiere, vislumbra, pero apenas rasguña el auténtico conocimiento. Esa posible paradoja anima, sin embargo, al viajero: en su imposible búsqueda está todo posible hallazgo



RELATO

El viaje de promoción

CYNTHIA RIMSKY

A Adrián, Emilio y Paulina

En el aeropuerto de Santiago, a la espera de embarcar hacia Madrid, una joven encuestadora se acerca a un argentino para preguntarle por su estadía en la capital chilena. El hombre le cuenta que su empresa tiene una filial en Santiago y lleva 18 años cruzando la cordillera. Algunas veces se queda de lunes a jueves o, como ahora, llega la noche anterior y se va al día siguiente. La encuestadora le pregunta qué lugares visitó en este viaje. El empresario le cuenta que un automóvil de la empresa lo recogió en el aeropuerto y lo llevó a la oficina. Por la noche durmió en el hotel y esta mañana volvió a la oficina y, en el mismo automóvil, al aeropuerto. Me gustaría saber si en estos dos días hizo algo imprevisto, pregunta la joven. No, nada, contesta afable el empresario, cogiendo su teléfono móvil para revisar si durante los minutos que ocupó en contestar la encuesta le llegaron mensajes imprevistos.

Anoche llegué al DF tras pasar un mes en Europa. Hoy salgo con una hoja de cuaderno doblada con la dirección y el número de teléfono de la casa en la que me alojo, asomo la cabeza a una plaza y observo:

Las personas se tocan, se besan, se abrazan, se corren mano, discuten, lloran, sudan, escupen, orinan. Todo esto, en la vía pública.

Los cuerpos lucen gorduras, cicatrices, grasa, huesos, miembros demasiado cortos, largos o torcidos; puede ser la ropa o los cuerpos, que no se ajustan al molde por el que cortan la ropa.

Las raíces de los árboles han emergido a la superficie, en el trayecto levantaron las baldosas y rompieron la opresión del cemento. Las raíces agonizan o están más vivas que nunca.

Las personas pasan por encima de las raíces, las pisan, las saltan, las circundan, los perros prefieren cagar en el cemento.

Hay olor a fritura.

En Europa las calles son trayecto y las personas avanzan con determinación, como si al final hubiese un destino esperándolos, como si dependiera de ellos retener al destino en su lugar. En el DF las calles son

un escenario demorado, la vida de la calle es la vida de las personas, de sus raíces, de sus grietas, de sus roturas y agonías, la ilusión de que mientras permanezcan en la calle el destino habrá tenido tiempo de escapar y ellos de salir lentamente en su búsqueda.

Los perros no abandonan sus departamentos. Sólo temprano por la mañana o al final de la tarde aparecen en la plaza. Llevan por compañía a una persona. La persona camina detrás de ellos con una bolsa plástica.

Una mujer que se sienta en la banca de la plaza me cuenta que gracias a su perro saca la nariz de la oficina, del auto, del supermercado, del departamento. Aprovechando su confianza, le pregunto si sabe por qué, en vez de importar los moldes, no cortan la ropa con moldes fabricados por ellos. Los cuerpos lucirían perfectos, como en Europa, le hago ver. La mujer responde que, si yo fuese mexicana, ella no me habría contado que su perro la hace salir del departamento; si yo fuese mexicana podría haber usado esa información para entrar a su casa y dejarla fuera, por eso, prefiere ahorrar tiempo y compra la ropa que ya viene cortada.

En Europa es tan barato viajar en las compañías aéreas *low cost* y tan caro desplazarse en tren que sólo las personas adineradas se desplazan a ras del suelo. Por el cielo van estudiantes, inmigrantes, turistas de bajo presupuesto y trabajadores mileuristas; sus equipajes dan cuenta de que su ausencia será breve y ajustada a un molde. Cuando no están inmersos en sus computadores personales, escuchan música en su iPod, conversan por el móvil o juegan. Sólo si el vagón del metro sale a la superficie o el cielo se despeja al descender el avión, llega a escaparse por la ventana, brevemente, un trozo de paisaje.

En mis desplazamientos por Europa tuve la sensación de que me perdía algo valioso. Lo supe al sentarme en el autobús que me sacó de Ciudad de México, al observar los viejos buses que despiden gases y que deben tener prohibido circular en la capital, las casas encaramadas a los cerros, las vulcanizaciones; las canchas de *baby fútbol* de tierra, como las que hay a la salida de Santiago por Pudahuel; los camiones de basura, los techos de lata, las piedras para que las latas no se vuelen y dejen a sus habitantes desamparados; los depósitos donde guardan postes para llevar el alumbrado público a zonas que aún no tienen luz,

un arroyo que una vez fue prístino y ahora está lleno de desperdicios, una torre de alta tensión, ropa colgando, una carpa de circo pobre, segundos pisos que se empezaron con ahínco y se dejaron a medias para evitar los impuestos, un hotel de paredes rosadas. Irrumpe el muro sucio de un paso bajo nivel, crece maleza y no pasa nadie; un depósito de chatarra... todo lo que se vuelve inservible en la ciudad viene a dar a las afueras, ¿creerán los habitantes de las afueras que con los desechos es posible construir un símil del adentro? Poblaciones de casas nuevas, como cárceles, rodeadas por altos muros, con las ventanas enrejadas; cuadras y cuadras de casas iguales, al borde de la carretera, en las afueras de Santiago, de México o de Lisboa, se vive así, al borde de un camino por el que pasan raudos los buses.

Dejamos atrás las afueras de la capital; vislumbro una huerta solitaria, orgullo de una dueña de casa; cipreses; carteles escritos a mano anuncian barbacoas. Me preguntó qué será una barbacoa. No vi ninguna en el DF. Letreros camineros anuncian nombres de pueblos que no aparecen en el mapa. Cuántas veces he sentido deseos de entrar a uno o a todos. Al lado de un basurero, chabolas de cartón; un padre y un hijo caminan entre los matorrales sin noción de que un día el hijo recordará al padre por ese camino que hacían despreocupadamente juntos; un cementerio, barbacoa *El cuñado Sauza*, barbacoa *El jefe*; un cordero come el pasto del jardín de una casa; la línea de un tren que dejó de pasar y, junto al abandono, tierra pelada; cerros, un hombre que guía unas cabras, barbacoa *El Hidalguero*, una animita con flores secas; el viento del campo travieso agita las pimientos, un caballo come pasto seco, una niña espera sentada junto a dos ovejas a que éstas se harten; un letrero anuncia que se vende terreno, me pregunto quién vende y acuciado por qué propósito o deuda; barbacoa con pulque *El jefe de los jefes*, *La güera*, un neumático, una familia haciendo un picnic en un sitio sin árboles, bajo el sol, sin alejarse un metro del automóvil; un letrero anuncia los kilómetros que faltan para llegar a mi destino, una franja de tierra recién arada y lista para sembrar, otra con los rastros de la siembra pasada. A las barbacoas se man las tortillas de comal, las quesadillas y los pastes. ¿Qué serán los pastes? Imagino que se trata de una masa de la región, ¿dulce, salada? Al abrirse la puerta del autobús, sube los escalones un penetrante

olor a mantequilla derretida que me evoca las galletas horneadas por mi abuela, la paleta de goma con azúcar y mantequilla que lamíamos mi hermano y yo cuando mi abuela se descuidaba, la mantequilla derritiéndose en el pan amasado caliente. A medida que camino por la calle principal, el olor de los pastes se hace más y más envolvente; es esto lo que se pierde al viajar en avión, por ir más lejos y más rápido, se viaja menos.

Me invitan a caminar por el barrio de La Merced y el mercado de Sonora. Un amigo chileno, su novia y su amigo mexicano me señalan tantas cosas, nombres, teorías, explicaciones, secretos velados para los turistas, que nada alcanzo a ver o a retener. Hace años que uso anteojos para leer. Como leer es un acto solitario, compré unos marcos baratos y feos. El año pasado, el viejo oculista, con quien me encontraba los domingos en la feria persa de Arrieta, me recomendó usarlos para ver de lejos, pero como los marcos eran feos continué saliendo a la calle sin anteojos. Antes de emprender este viaje fui a verlo. Había dejado de atender por el sistema público de salud y me tocó un joven imberbe e impoluto. Le expliqué que, aun a corta distancia, las cosas me eran lejanas. Pensando que no me había explicado correctamente, le dije que veía las cosas porque intelectualmente conocía su existencia, no porque lograra verlas realmente, de forma que podía hablar de ellas, pero no sentirlas; esto había comenzado al decidirme a promocionar por primera vez una novela y emprender con ese propósito un viaje por algunas ciudades de Europa y Ciudad de México. El joven contestó que yo padecía una combinación de astigmatismo y miopía y una desigualdad en la visión de ambos ojos. Mientras escribía la receta, volví a ponerme mis viejos anteojos y descubrí que veía igual que con las lentes que él había ajustado. Dijo que era imposible. Ni siquiera me recomendó, como el viejo oculista, que volviera en dos años porque para ese entonces esperaba haber dejado atrás el servicio público y a pacientes como yo, que pretendían que la visión iba más allá de un ajuste de lentes. Antes de viajar me mandé a hacer los anteojos. Lo extraño es que, estando ajustada mi visión, sigo captando las cosas por mi intelecto y no a través de los sentidos; y por más que mis tres anfitriones me señalaban nombres, teorías, explicaciones y secretos velados para los turistas, no logro verlos.

Suspiro aliviada cuando dejamos atrás el mercado y el amigo mexicano de mi amigo chileno nos lleva por una solitaria calle lateral a desayunar. No se trata de un estudiante cualquiera. Nació en este barrio y, habiendo logrado estudiar en la UNAM, hace su tesis sobre los migrantes sexoservidores de provincia que hicieron de La Merced, con su mercado, un lugar de trabajo. Sus comentarios revelan que ese paisaje tan próximo a su infancia se ha convertido en objeto de estudio, teorías y explicaciones. Nuestro destino es un local abierto a la calle de escuálidas proporciones. En la parte de afuera hay un brasero donde una mujer prepara el relleno que usará para las tortillas que otra mujer más vieja amasa y cocina sobre una plancha redonda. Nos convidan unos pequeños bancos plásticos. En la única mesita, come sin parar un señor con sombrero. Aparentemente es una taquería común, con la diferencia de que la mujer es la madre del estudiante; la joven que rellena las tortillas, su cuñada; el hombre que come, su tío; y el local, la forma en que la familia ha financiado al estudiante que escribe una tesis sobre el fenómeno migratorio en La Merced. Desde el sillín plástico observo la calle, no pasa mucha gente, pero los que pasan se detienen con ansia a comprar las tortillas, famosas en este y en otros barrios, de la madre del estudiante. Me saco los anteojos y escucho el relato de la madre, por la comisura de mis labios escurren los conceptos, las explicaciones, las teorías y los secretos; me pregunto en cuántas taquerías por las que pasé sin detenerme, de camino a las actividades de promoción de mi novela, hay un hijo pródigo que regresa por una calle lateral desde las ideas al sabor del hogar.

Aun cuando en el bolsillo de mi mochila sigue estando la hoja de cuaderno donde mi anfitriona escribió la dirección de su casa, tres días más tarde me pierdo. Busco el nombre de la calle en el mapa. El descubrimiento de la palabra escrita no ayuda. El nombre que en el mapa está a mi izquierda no figura en la calle de la izquierda. Si los días anteriores hubiese observado cómo es la entrada a la plaza; si tiene un

arco o está enmarcada por un ciprés o dos; si hubiese retenido algún detalle de las fachadas contiguas a la plaza, qué árbol interrumpe la vereda, el nombre de una tienda, podría desandar el camino y encontrar la plaza. Me acerco a un chofer que espera al interior de una camioneta exageradamente grande, con los vidrios polarizados; la chaqueta, la camisa blanca o la corbata le aprietan y se rasca. Cuando le pregunto dónde queda la plaza, me pregunta qué plaza. Mi anfitriona me dijo que podía empezar a conocer por la plaza, no me dijo que había más de una plaza. No sé qué contestar. El chofer no sabe qué decirme. Busco a otra persona. No es fácil; los que se avergüenzan de su ignorancia señalan cualquier dirección con tal de mantener el secreto; otros creen saber y se equivocan, y los que saben, no les interesa demostrarlo. Las indicaciones me las proporciona un joven que vende quesos de Oaxaca en la parte trasera de una vieja camioneta estacionada en la calle. Me pregunto si viaja a Oaxaca o compra los quesos a un proveedor del DF y luego falsifica el nombre en el cartel. ¿El sabor del queso de Oaxaca se siente antes o después de leer el cartel? A la tercera cuadra se me olvida si me dijo que doblara en esta esquina o en la siguiente. Una mujer mayor me toca el hombro: ¿usted también está perdida?

La mujer no sólo escuchó las instrucciones del vendedor de quesos, es capaz de traducirlas. Qué habrá querido decir con tope, se pregunta tanteando los muros. Ha viajado dos horas en tres transportes públicos para llegar hasta aquí. Le pregunto si viene a hacer una visita, pero no conoce a nadie. Casi todos los domingos viaja a alguna parte, su familia le pregunta a qué viaja tanto y ella les dice que es importante conocer, salir del barrio y ver otras cosas: Yo trabajé toda mi vida siguiendo la rueda, y ¿qué conocí?

La mujer tiene un método para conocer. Al primer lugar al que llega es a la iglesia (no a la plaza). Siempre hay una, dice. Desde ahí procede a orientarse; encuentra la plaza, se toma un café o un jugo sentada en un banco, camina un par de vueltas, mira a la gente que pasea y vuelve a su casa en tres transportes públicos, tras dos horas de viaje, habiendo conocido. Ese conocimiento adquirido en forma tardía —después de que se jubiló— le produce satisfacción y por la satisfacción vuelve a salir al domingo siguiente. No hay que tener miedo a perderse. Si no se pierde, ¿cómo va a encontrarse?, me dice. Tomándola por sabia, le pregunto de dónde saca los moldes con los que corta su ropa. Me contesta que aprendió a coser mirando a su madre y por eso no necesita usar moldes. Le cuento que yo también aprendí de mi madre a extender la tela sobre la mesa del comedor, alisarla con ambas manos, colocar sobre ella el molde que venía inserto en la revista *Burda*, y prender los extremos con alfileres. Ah, pero su madre no se tenía confianza, me dice con tristeza. Tiene razón, le digo, recordando que, cuando me probaba la ropa aún con hilván, dibujaba sobre mi cuerpo, pinzas, bastas, recortes, para disimular que yo era gordita, le explico. Es que da tanto trabajo coser, responde, por eso mis hijas prefieren comprar la ropa hecha; me dicen: mamá, sale mucho más barato y no le quita tiempo. Pero si uno se quedara con el tiempo, ¿qué haría con él? Ojalá encuentre el molde que anda buscando, aconseja pequeñita, debajo de la iglesia.

De vuelta en Santiago, le comento a un conocido que me pregunta cómo estuvo el viaje de promoción de la novela, que me costó mucho orientarme. A pesar de que en todas las ciudades conseguí un mapa, me perdí con frecuencia, de tal forma que para llegar a las entrevistas, presentaciones y encuentros con escritores, editores y una variopinta gama de desconocidos que configuran una carrera literaria, tuve que estar siempre pendiente de los nombres de las calles que me conducirían a mi destino y no de las calles mismas. Ahora que he sido invitada a la Feria del Libro de Guadalajara, en la que, según dicen, podré hacer un nuevo intento por seguir el molde de la carrera literaria, me encargan un texto imprevisto sobre México y lo único que encuentro en mi cuaderno es una habitación que da a una calle, de la que no registré el nombre, donde comí una quesadilla y una gordita. ◀

Cynthia Rimsky es autora de las novelas Poste restante (2001) y La novela de otro (2004), así como de Ramal (FCE, 2011), un lúdico ejercicio a medio camino entre el libro de viajes y la ficción basada en fotografías.

Visita nuestra
Librería Virtual
con miles de
títulos a tu
disposición.
Te esperamos
con los libros
abiertos



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

fondo
de cultura
económica

●com